

Virginia Woolf

# Orlando

Biografía

Traducción de María Luisa Balseiro



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Orlando: A Biography*

Esta traducción de Orlando se ha hecho sobre el texto de la primera edición inglesa, publicada por Leonard y Virginia Woolf en la Hogarth Press el 11 de octubre de 1928.

Segunda edición (primera con la presente traducción)

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Dante Gabriel Rossetti: *Helen of Troy* (detalle) (1863). Hamburger Kunsthalle, Germany

© The Gallery collection/Corbis/Cordon Press

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright: The Estate of Virginia Woolf, 1928

© de la traducción: María Luisa Balseiro, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-0929-4

Depósito legal: M. 26.720-2012

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Prólogo
15	Capítulo primero
62	Capítulo segundo
111	Capítulo tercero
141	Capítulo cuarto
207	Capítulo quinto
241	Capítulo sexto



Orlando, niño

A V. Sackville-West



# Prólogo

Muchos amigos me han ayudado a escribir este libro. Algunos están muertos y son tan ilustres que apenas me atrevo a nombrarlos, pero nadie puede leer o escribir sin estar en perpetua deuda con Defoe, sir Thomas Browne, Sterne, sir Walter Scott, lord Macaulay, Emily Brontë, De Quincey y Walter Pater, por no nombrar sino a los primeros que me vienen a la memoria. Otros están vivos, y aunque quizá sean igualmente ilustres a su modo, ese mismo hecho les hace menos imponentes. Estoy agradecida especialmente al señor C. P. Sanger, sin cuyo conocimiento de las leyes sobre la propiedad inmobiliaria no habría sido posible escribir este libro. La vasta y peculiar erudición del señor Sydney-Turner me ha salvado, espero, de algunos lamentables errores. He contado con la ventaja –sólo yo puedo apreciar su valor– del conocimiento del chino del señor Arthur Waley. Madame Lopokova (Sra. de J. M. Keynes) ha estado cerca para co-

rregir mi ruso. A la imaginación e incomparable simpatía del señor Roger Fry debo cuanto sé del arte de la pintura. Espero haber aprovechado en otro terreno la crítica singularmente penetrante, aunque severa, de mi sobrino el señor Julian Bell. Las investigaciones infatigables de la señorita M. K. Snowdon en los archivos de Harrogate y de Cheltenham no fueron menos arduas por haber resultado vanas. Otros amigos me auxiliaron de maneras demasiado heterogéneas para especificarlas. Tengo que contentarme con nombrar al señor Angus Davidson; a la señora Cartwright; a la señorita Janet Case; a lord Berners (cuyo conocimiento de la música isabelina ha sido inestimable); al señor Francis Birrell; a mi hermano, el doctor Adrian Stephen; al señor F. L. Lucas; al señor Desmond MacCarthy y señora; al más alentador de los críticos, mi cuñado, el señor Clive Bell; al señor H. G. Rylands; a lady Colefax; a la señorita Nellie Boxall; al señor J. M. Keynes; al señor Hugh Walpole; a la señorita Violet Dickinson; al honorable Edward Sackville-West; al señor St. John Hutchinson y señora; al señor Duncan Grant; al señor Stephen Tomlin y señora; a lady Ottoline Morrell y su esposo; a mi madre política, señora de Sidney Woolf; al señor Osbert Sitwell; a madame Jacques Raverat; al coronel Cory Bell; a la señorita Valerie Taylor; al señor J. T. Sheppard; al señor T. S. Eliot y señora; a la señorita Ethel Sands; a la señorita Nan Hudson; a mi sobrino el señor Quentin Bell (antiguo y apreciado colaborador en materia novelística); al señor Raymond Mortimer; a lady Gerald Wellesley; al señor Lytton Strachey; a la vizcondesa Cecil; a la señorita Hope Mirrlees; al señor E. M. Forster; al honorable Harold Nicolson; y a mi her-

mana, Vanessa Bell –pero la lista se alarga demasiado y ya es demasiado ilustre. Pues, si bien me trae los más gratos recuerdos, inevitablemente despertará en el lector expectativas que el libro sólo puede frustrar. Concluiré, pues, agradeciendo a los empleados del Museo Británico y del Registro Público su acostumbrada cortesía: a mi sobrina, la señorita Angelica Bell, un servicio que sólo ella podía prestar; y a mi marido la invariable paciencia que ha puesto en apoyar mis pesquisas y la profunda erudición histórica a la que deben estas páginas la poca o mucha precisión que puedan poseer. Finalmente quisiera dar las gracias, pero he perdido su dirección y su nombre, a un caballero norteamericano que generosa y gratuitamente ha corregido la puntuación, la botánica, la entomología, la geografía y la cronología de mis anteriores publicaciones, y de quien espero que no escatime su celo en la presente ocasión.



## Capítulo primero

Estaba el muchacho –pues sobre su sexo no podía haber duda, aunque la moda de la época algo hacía por disimularlo– tirando mandobles a una cabeza de moro que pendía de las vigas. Era del color de un balón viejo, y más o menos de la misma forma, con la salvedad de las mejillas hundidas y alguna hebra de pelo basto y seco, como el pelo de un coco. El padre de Orlando, o tal vez su abuelo, la había hecho rodar de los hombros de un enorme pagano que de pronto se alzó bajo la luna en los bárbaros campos del África, y ahora oscilaba levemente, continuamente, en la brisa que nunca dejaba de soplar por los desvanes de la casa gigantesca del señor que le mató.

El padre y el abuelo de Orlando habían cabalgado por campos de asfódelos y campos pedregosos y campos regados por ríos extraños, y habían hecho rodar muchas cabezas de muchos colores de muchos hombros, y las habían traído para colgarlas de las vigas. Otro tanto ha-

ría Orlando, juraba para sí. Pero como sólo tenía dieciséis años y era demasiado joven para cabalgar con ellos por el África o la Francia, escapaba del lado de su madre y de los pavos reales del jardín para subir al desván y allí emprenderla a espadazos y partir el aire con su acero. A veces cortaba la cuerda y el cráneo rebotaba en el suelo, y tenía que volver a colgarlo, atándolo, no sin cierta caballerosidad, casi fuera de su alcance, de modo que su enemigo se reía de él triunfante, con sus labios negros y encogidos. El cráneo oscilaba de lado a lado porque la casa en cuya altura habitaba era tan vasta que hasta el propio viento parecía haberse quedado allí encerrado, y soplaba de esta parte o de la otra, lo mismo en invierno que en verano. El verde tapiz de Arrás con sus cazadores se movía perpetuamente. Los antepasados de Orlando habían sido nobles desde siempre. De las brumas boreales salieron ya con la frente coronada. Las barras de penumbra que cruzaban la estancia y las lagunas amarillas que ajedrezaban el piso, ¿no eran acaso obra del sol que atravesaba la vidriera de la ventana, adornada con un vasto escudo de armas? Ahora Orlando estaba en medio del cuerpo amarillo de un leopardo heráldico. Al poner la mano en el marco de la ventana para abrirla, al punto se tiñó de rojo, azul y amarillo, como un ala de mariposa. Así también, los aficionados a los símbolos y duchos en descifrarlos podrían observar que, aunque las bien torneadas piernas, el bello cuerpo y los rectos hombros se decorasen con distintos tonos de luz heráldica, el semblante de Orlando cuando abrió la ventana no tenía más iluminación que la del propio sol. Semblante más cándido y más sombrío no se habría podido encontrar. ¡Di-

chosa la madre que alumbró una vida así, aún más dicho-  
so el biógrafo que la anota! Ni ella tendrá jamás que  
inquietarse ni él que llamar en su auxilio al novelista o al  
poeta. De hecho en hecho, de gloria en gloria, de cargo  
en cargo habrá de ir a la fuerza, con su escriba en pos,  
hasta alcanzar la altura, cualquiera que sea, que dé cima  
a su deseo. Orlando, a la vista, estaba hecho a medida  
para una carrera así. El rubor de sus mejillas se cubría de  
una pelusa de durazno; el bozo del labio era apenas algo  
más espeso que el de las mejillas. Los labios eran cortos,  
y dejaban vislumbrar dientes de una exquisita blancura  
de almendra. Nada molestaba el vuelo breve y tenso de  
la sagitaria nariz; el cabello era oscuro; las orejas, peque-  
ñas y bien pegadas a la cabeza. Lástima, sin embargo,  
que estos catálogos de la hermosura juvenil no puedan  
acabar sin hacer mención de la frente y los ojos. Lástima  
que pocas veces nazca una persona desprovista de las  
tres cosas; pues en el momento en que miramos a Orlan-  
do junto a la ventana, tenemos que reconocer que sus  
ojos eran como violetas empapadas, tan grandes que pa-  
recía como si el agua los hubiera desbordado y dilatado;  
y su frente como el arco de una cúpula de mármol com-  
primida entre los dos medallones vacíos que eran sus sien-  
es. En el momento en que miramos los ojos y la frente,  
el entusiasmo nos dicta esos términos. En el momento en  
que miramos los ojos y la frente, hemos de reconocer mil  
cuestiones desagradables que todo buen biógrafo aspira  
a soslayar. Había visiones que le incomodaban, como la  
de su madre, una dama muy hermosa vestida de verde,  
que salía a dar de comer a los pavones seguida por Twit-  
chett, su doncella; visiones que le exaltaban: las aves y

los árboles; y que le hacían enamorarse de la muerte: el cielo vespertino, la vuelta de los grajos; y así, al subir por la escalera de caracol a su cerebro —que era espacioso— todas esas visiones, y también los sonidos del jardín, los golpes de martillo, el hacha haciendo astillas, comenzaba ese tumulto y confusión de las pasiones y emociones que todo buen biógrafo detesta. Pero sigamos. Orlando retiró despacio la cabeza, se sentó a la mesa, y, con el aire a medias consciente de quien hace lo mismo que todos los días de su vida a esa hora, sacó una libreta con el rótulo *Adalberto. Tragedia en cinco actos* y mojó en el tintero una pluma de ganso vieja y manchada.

En poco rato llenó de versos más de diez páginas. Era un escritor fluido, evidentemente, pero abstracto. El Vicio, el Crimen, la Miseria, eran los personajes de su drama; había reyes y reinas de territorios imposibles, engañados por conspiraciones horrendas, embargados por nobles sentimientos; no había una palabra dicha como él la habría dicho, pero todo estaba expresado con una facilidad y una dulzura que, teniendo en cuenta su edad —aún no había cumplido diecisiete años— y el hecho de que al siglo dieciséis todavía le quedara cierto recorrido, no dejaban de ser notables. Por fin, sin embargo, hizo un alto. Estaba describiendo, como todos los poetas jóvenes están siempre describiendo, la naturaleza, y para encontrar un símil del tono de verde miró (y ahí demostró más audacia que la mayoría) a la cosa misma, que casualmente era un laurel que crecía bajo la ventana. Tras eso, claro está, no pudo escribir más. El verde en la naturaleza es una cosa, el verde en la literatura es otra. Entre la naturaleza y las letras parece haber una antipatía intrínseca; si

se las junta se despedazan. El tono de verde que entonces vio Orlando le estropeó la rima y le rompió la métrica. Además, la naturaleza tiene sus mañas. Basta mirar por la ventana y ver abejas en las flores, un perro que bosteza, el sol que se pone, basta pensar «cuántos soles más veré ponerse», etcétera, etcétera (la idea es más que sabida para que haya que escribirla), y ya estás soltando la pluma, cogiendo la capa, saliendo del cuarto y dándote con el pie en un arcón pintado. Porque Orlando era un poquito torpe.

Procuró no encontrarse con nadie. Por la vereda venía Stubbs, el jardinero; se escondió detrás de un árbol hasta que hubo pasado. Por una puertecita de la tapia salió del jardín. Orilló todos los establos, las perreras, las destilerías, las carpinterías, los lavaderos, los lugares donde se hacían velas de sebo, se sacrificaban bueyes, se forjaban herraduras, se cosían jubones —porque la casa era un pueblo ruidoso de gente trabajando cada cual en su oficio—, y llegó sin ser visto al camino de helechos que subía por el parque. Existe tal vez una afinidad entre las cualidades; la una arrastra a la otra; aquí el biógrafo debería hacer notar que esa torpeza va emparejada muchas veces con el amor a la soledad. Habiendo tropezado con un arcón, Orlando naturalmente gustaba de los parajes solitarios, de las vistas dilatadas y de sentirse solo por siempre jamás.

De manera que al cabo de un largo silencio murmuró por fin: «Estoy solo», abriendo los labios por primera vez en esta crónica. Había caminado muy ligero, cuesta arriba entre helechos y espinos, espantando ciervos y aves salvajes, hasta un lugar coronado por un único ro-

ble. Estaba a gran altura, tanta que desde allí se divisaban diecinueve condados ingleses, y en los días claros treinta, cuarenta quizá si el aire estaba muy limpio. A veces se veía el Canal de la Mancha, cada ola repitiendo la anterior. Se veían ríos con barcas de recreo, y galeones haciéndose a la mar, y flotas de guerra con humaredas de donde salía ruido sordo de cañonazos, y fortines sobre la costa y castillos entre los prados, y aquí una atalaya y allí una fortaleza; y también alguna vasta mansión como la del padre de Orlando, como un pueblo en el valle circundado de murallas. Por el este se alzaban los chapiteles de Londres y el humo de la ciudad; y a veces, sobre el horizonte, cuando soplaba el viento propicio, la cima rocosa y los quebrados riscos del mismísimo Snowdon perfilaban su mole entre las nubes. Orlando permaneció unos instantes contando, oteando, reconociendo. Aquélla era la casa de su padre; aquélla otra era la de su tío. Su tía era la dueña de aquellos tres grandes torreones que asomaban entre los árboles de allá. Suyos eran el brezal y el bosque; el faisán y el ciervo, el zorro, el tejón y la mariposa.

Dio un profundo suspiro y se arrojó —había en sus movimientos una pasión que justifica la palabra— sobre la tierra al pie del roble. Le gustaba, más allá de toda la transitoriedad estival, sentir el espinazo de la tierra bajo su cuerpo; pues por tal tomaba la dura raíz del roble; o, ya que a una imagen sucedía otra, era el lomo de un gran caballo que montaba; o la cubierta de un barco zaran-deado: era en realidad cualquier cosa siempre que fuera dura, porque él sentía la necesidad de algo a lo que amarrazar su corazón flotante, el corazón que le daba tirones al

costado, el corazón que parecía henchido de especiadas y amorosas tormentas cada tarde, sobre esta hora, cuando salía. Lo ató al roble, y según estaba allí tendido el revuelo que había dentro y fuera de él se aquietó gradualmente; las hojitas se quedaron colgadas; los ciervos se pararon; las pálidas nubes de verano se detuvieron; sus miembros se cargaron de peso sobre el suelo; y él se quedó tan quieto que los ciervos se fueron acercando y los grajos volaron alrededor y las golondrinas bajaron en picado y en círculos y las libélulas pasaron raudas, como si toda la fertilidad y la actividad amorosa de una tarde de verano se tejiera cual tela de araña en torno a su cuerpo.

Habría transcurrido cerca de una hora —el sol declinaba rápidamente, las nubes blancas se habían vuelto rojas, las colinas eran violeta, los bosques morados, los valles negros— cuando sonó una trompeta. Orlando se levantó de un salto. El estridente sonido venía del valle. Venía de un punto oscuro, allá abajo; un punto compacto y localizado; un laberinto; un pueblo, pero rodeado de muros; venía del centro de su propio caserón del valle, que, antes oscuro, en el mismo instante en que él miraba y la trompeta única se duplicaba y reduplicaba con sonidos todavía más estridentes, perdió su oscuridad y se cuajó de luces. Unas eran lucecitas apresuradas, como si por los pasillos corrieran criados respondiendo a una llamada; otras eran luces altas y lustrosas, como si ardieran en salones vacíos, dispuestos para recibir a invitados que no habían llegado; y otras se hundían y se bamboleaban, subían y bajaban como si las sostuvieran las manos de legiones de servidores que se inclinaban, se arrodillaban, se alzaban, recibían, guardaban y escoltaban con la debida

solemnidad la entrada de una gran princesa que descendiera de su carroza. En el patio rodaban y circulaban coches. Los caballos sacudían sus penachos. La reina había venido.

Orlando no miró más. Bajó del monte a todo correr. Entró por un portillo. Subió la escalera de caracol como una exhalación. Llegó a su cuarto. Tiró las medias por un lado y el jubón por otro. Se mojó la cabeza. Se lavó bien las manos. Se cortó las uñas. Sin otra ayuda que un palmo de espejo y un par de velas viejas, en menos de diez minutos por el reloj del establo se había puesto un calzón carmesí, un cuello de encaje, un chaleco de tafetán y unos zapatos con escarapelas del tamaño de dalias dobles. Estaba listo. Estaba acalorado. Estaba emocionado. Pero estaba retrasadísimo.

Tomando atajos que conocía a través de las vastas ma-dejas de cuartos y escaleras se dirigió a la sala de banquetes, distante tres fanegadas al otro lado de la casa. Pero a medio camino, en la parte de atrás donde vivía la servidumbre, se detuvo. La puerta de la pieza de día de la señora Stewkley estaba abierta; ella sin duda se había ido con todas sus llaves a atender a su señora. Pero allí, sentado a la mesa de comer del servicio, con un jarro a su lado y papel delante, estaba un hombre más bien grueso, más bien astroso, con una gorguera un poco sucia y traje pardo de paño casero. Empuñaba una pluma, pero no escribía. Parecía estar revolviendo en su magín un pensamiento, dándole vueltas para que tomara forma o empuje a su gusto. Sus ojos, globosos y empañados como una piedra verde de curiosa textura, estaban fijos. No vio a Orlando. Con todas sus prisas, Orlando se paró en seco.

¿Sería un poeta? ¿Estaría escribiendo poesía? «Contadme», quiso decir, «todo lo que hay en el mundo entero», pues abrigaba las ideas más extravagantes, más locas y más absurdas sobre los poetas y la poesía; pero ¿cómo hablarle a un hombre que no te ve? ¿Que en lugar de verte está viendo ogros, sátiros, tal vez las profundidades del mar? Así que Orlando se quedó allí parado mientras el otro daba vueltas a la pluma entre los dedos; y miraba y pensaba; y luego, muy ligero, escribía media docena de renglones y alzaba la vista. Ante lo cual Orlando, asaltado por la timidez, echó a correr y llegó a la sala de banquetes con el tiempo justo para caer de hinojos, agachar la cabeza confuso y ofrecer un lavamanos de agua de rosas a la gran reina en persona.

Tal era su timidez que no vio de ella sino la mano en sortijada en el agua; pero bastó. Era una mano memorable; una mano delgada, de dedos largos siempre arqueados como alrededor de un orbe o un cetro; una mano nerviosa, retorcida, enfermiza; una mano autoritaria; una mano que no tenía más que alzarse para hacer caer una cabeza; una mano, adivinó, unida a un cuerpo viejo que olía como el armario donde se guardan pieles en alcanfor; cuerpo a pesar de ello engualdrapado con toda suerte de brocados y joyas; y que se mantenía bien erguido aunque tal vez con dolor de ciática; y que nunca desfallecía aunque lo atravesaran mil temores; y los ojos de la reina eran de un color amarillo pálido. Todo esto sintió él mientras los sortijones relumbraban en el agua y después algo le aplastó el pelo; lo que quizá explique que no viera nada más que pueda tener utilidad para el historiador. Y la verdad es que en su mente había tal revoltijo

de contrarios –la noche y las velas encendidas, el poeta astroso y la gran reina, los campos en silencio y el ruido del séquito– que no pudo ver nada; o sólo una mano.

Por la misma razón hay que pensar que la reina sólo veía una cabeza. Pero si de una mano es posible deducir un cuerpo, configurado por todos los atributos de una gran reina: su retorcimiento, su valentía, su fragilidad y su terror, qué duda cabe de que una cabeza puede ser igual de fértil, mirada desde lo alto de un sitial por una señora cuyos ojos estaban siempre, si hemos de creer a las figuras de cera de la Abadía, bien abiertos. El largo cabello rizado, la oscura cabeza inclinada ante ella tan reverentemente, tan inocentemente, hacían esperar un par de las más hermosas piernas que jamás sostuvieran a un joven noble; y unos ojos de color violeta; y un corazón de oro; y lealtad y encanto varonil, cualidades todas que la vieja amaba más cuanto más le faltaban. Porque se estaba haciendo anciana, gastada y encorvada antes de tiempo. El ruido de la artillería estaba siempre en sus oídos. Veía siempre la brillante gota de veneno y el largo estilete. Sentada a la mesa, escuchaba; oía cañones en el Canal; recelaba: ¿eso qué ha sido, una maldición, un murmullo? La inocencia, la sencillez, le eran tanto más queridas por la oscuridad del fondo oscuro con que las contrastaba. Y fue aquella misma noche, según la tradición, mientras Orlando dormía profundamente, cuando la reina hizo donación formal, poniendo por fin su firma y su sello en el pergamino, de la gran casa monástica, que había pertenecido a un arzobispo y después a un rey, al padre de Orlando.

Orlando durmió toda la noche en la ignorancia. Le había besado una reina sin él saberlo. Y quizá, porque el

corazón de las mujeres es complicado, fueran su ignorancia y el respingo que dio cuando sus labios le tocaron lo que mantuvo fresco en la memoria de ella el recuerdo de su joven primo, pues tenían sangre en común. Sea lo que fuere, no habían transcurrido dos años de aquella apacible vida en el campo, y Orlando quizá no hubiera escrito arriba de veinte tragedias y una docena de historias y una veintena de sonetos, cuando llegó recado de que la reina quería verle en Whitehall.

«¡Aquí viene mi inocente!», se dijo viendo su avance por la larga galería. (Seguía habiendo siempre una serenidad en su persona que tenía el aspecto de la inocencia, cuando técnicamente la palabra ya no era aplicable.)

—¡Acércate! —dijo. Estaba sentada muy tiesa junto a la chimenea, y le sujetó a un paso de distancia para mirarle de arriba abajo. ¿Compararía sus especulaciones de aquella noche con la realidad ahora visible? ¿Hallaría justificadas sus conjeturas? Los ojos, la boca, la nariz, el pecho, las caderas, las manos, todo lo recorrió; sus labios se estremecieron perceptiblemente; pero al verle las piernas se echó a reír. Era la viva estampa de un noble caballero. Pero ¿y por dentro? Clavó en él sus amarillos ojos de halcón como si quisiera taladrar su alma. El joven sostuvo su mirada, con un rubor sólo de rosa damascena, como debía ser. Fuerza, donaire, romance, capricho, poesía, juventud: la reina le leyó como se lee una página. Inmediatamente se sacó un anillo del dedo (la articulación estaba un poco hinchada), y mientras lo ponía en el suyo le nombró su tesorero y mayordomo; después le impuso las cadenas del cargo, y, mandándole doblar la rodilla, la rodeó por la parte más fina con la joya de la Jarretera. Desde entonces

nada le faltó. Cuando ella salía en carroza, él cabalgaba junto a la portezuela. Le mandó a Escocia con una triste embajada para la infortunada reina. Estaba a punto de embarcarse para las guerras de Polonia cuando le hizo llamar; ¿cómo iba a soportar la idea de aquella tierna carne desgarrada y aquella rizada cabeza rodando por el polvo? Le conservó a su lado. En la cima de su triunfo, cuando en la Torre tronaban los cañones y la pólvora espesaba el aire haciendo estornudar y los vítores del pueblo resonaban al pie de las ventanas, le hizo tenderse entre los almohadones donde sus damas la habían acomodado (¡estaba tan vieja y gastada!) y sepultar la cara en aquella asombrosa composición –hacía un mes que no se cambiaba de vestido– que olía exactamente, pensó él echando mano de su memoria infantil, igual que un viejo armario de su casa donde se guardaban las pieles de su madre. Se levantó medio asfixiado por el abrazo.

–¡Ésta es mi victoria! –musitó ella, y en ese momento estalló un cohete y tiñó de escarlata sus mejillas.

Porque la anciana le amaba. Y la reina, que conocía a un hombre cuando le veía, aunque dicen que no de la manera usual, tramó para él una espléndida y ambiciosa carrera. Se le daban tierras, se le asignaban casas. Sería el hijo de su vejez; el apoyo de su debilidad; el roble que sostuviera su deterioro. Con voz cascada iba desgranando esas esperanzas y extrañas ternuras autoritarias (ahora estaban en Richmond), sentada muy derecha entre sus tiosos brocados junto al fuego, que por mucha leña que le echaran nunca la tenía caliente.

Mientras tanto transcurrían lentos los largos meses del invierno. Cada árbol del parque estaba revestido de es-

carcha. El río fluía despacio. Un día en que la nieve cubría el suelo y los cuartos de oscuras maderas estaban llenos de sombras y los ciervos bramaban en el parque, ella vio en el espejo que por miedo a los espías tenía siempre junto a sí, a través de la puerta, que por miedo a los asesinos tenía siempre abierta, vio a un muchacho –¿podía ser Orlando?– besando a una muchacha –¿quién diablos era la desvergonzada? Asió su espada de empuñadura de oro y arremetió contra el espejo con violencia. El cristal se hizo añicos; acudió gente corriendo; la alzaron del suelo y la volvieron a colocar en su sillón; pero aquello la dejó muy afectada, y desde entonces se lamentó mucho, mientras se iba acercando el fin de sus días, de lo traicionero que es el hombre.

Tal vez fue culpa de Orlando; pero, al fin y a la postre, ¿hemos de condenarle? Era la época isabelina; su moral no era la nuestra; ni sus poetas; ni su clima; ni sus hortalizas siquiera. Todo era diferente. El tiempo incluso, el calor y el frío del verano y del invierno, tenía, bien lo podemos creer, otro temple. El brillante y amoroso día estaba tan netamente separado de la noche como la tierra del agua. Los ocasos eran más rojos y más intensos; los amaneceres, más blancos y aurorales. De nuestras medias tintas crepusculares y anochecidas lentas no sabían nada. Llovía con vehemencia o no llovía. O ardía el sol o todo estaba oscuro. Trasladando esto a las regiones espirituales como es su costumbre, los poetas cantaban bellamente cómo las rosas se marchitan y los pétalos caen. El momento es fugaz, cantaban; el momento pasa; después hay una larga noche que todos han de dormir. En cuanto a utilizar los artificios del invernadero o semillero

para prolongar o conservar esas frescas rosas y claveles, no iba con ellos. Las ajadas complicaciones y ambigüedades de nuestra época más gradual y dubitativa no las conocían. La violencia lo era todo. La flor se abría y se marchitaba. El sol salía y se ponía. El enamorado amaba y se iba. Y lo que los poetas decían en rimas, los jóvenes lo traducían a la práctica. Las muchachas eran rosas, y breve su sazón como la de las flores. Había que cogerlas antes de que cayera la noche, porque el día era corto y el día lo era todo. De modo que, si Orlando obedeció a las instancias del clima, de los poetas, de la propia época, y cogió su flor en el poyo de la ventana aun con el suelo nevado y la reina vigilando en el corredor, difícilmente se lo podríamos reprochar. Era joven; era un niño; no hizo sino lo que la naturaleza le ordenó. En cuanto a la muchacha, no sabemos más que la reina Isabel sobre cómo se llamaba. Pudo llamarse Doris, Cloris, Delia o Diana, ya que para todas compuso él rimas por turno; como también pudo ser una dama de la corte o una criada. Porque el gusto de Orlando era amplio; no le gustaban sólo las flores de jardín; las silvestres y hasta las malas hierbas tuvieron siempre una fascinación para él.

Aquí en verdad desvelamos con rudeza, como a un biógrafo le está permitido, un curioso rasgo de su carácter, que tal vez se explique porque una de sus abuelas usó delantal y acarreó cubos de leche. Había algunos granos de la tierra de Kent o de Sussex mezclados con el fluido fino y delicado que le venía de Normandía. Él sostenía que la mezcla de tierra parda y sangre azul era buena. Lo cierto es que siempre le agradó la compañía plebeya, en particular la de la gente con letras cuyo ingenio

tantas veces le impide medrar, como si tuviera con ella una complicidad de sangre. En aquella época de su vida, cuando su cabeza bullía de versos y nunca se acostaba sin haber pergeñado algún concepto, la mejilla de una hija de posadero le parecía más fresca y el donaire de una sobrina de guardabosque más vivo que los de las damas de la Corte. Por eso empezó a ir con frecuencia de noche a las escaleras de Wapping y a las tabernas al aire libre, envuelto en una capa gris para esconder la estrella que llevaba al cuello y la jarretera de su rodilla. Allí, con un jarro delante, entre las callejas de tierra y los campos de bolos y toda la sencilla arquitectura de semejantes sitios, oía a los marineros contar sus historias de penalidades y horrores y crueldades en la costa del Caribe; cómo uno había perdido los dedos de los pies, otro la nariz; porque la historia contada de viva voz no quedaba nunca tan redonda ni tan finamente coloreada como la escrita. Le gustaba en especial oírles vociferar sus canciones de las Azores, mientras los papagayos que habían traído de aquellas partes les picoteaban los aros de las orejas, golpeaban con el duro pico rapaz los rubíes de sus dedos y juraban con la misma soecidad que sus amos. Las mujeres tenían la lengua tan atrevida y las maneras tan desenvueltas como las aves. Se le sentaban en las rodillas, le echaban los brazos al cuello, y, adivinando que algo fuera de lo común yacía escondido bajo su capa de gruesa lana, se mostraban no menos deseosas de llegar a la verdad del asunto que el propio Orlando.

Tampoco faltaban las ocasiones. El río madrugaba y trasnochaba con barcazas, chalanas y embarcaciones de todo tipo. Cada día zarpaba algún flamante navío rumbo

a las Indias; de vez en cuando se arrastraba penosamente hasta el amarre otro ennegrecido y roto, con hombres hirsutos y desconocidos a bordo. Nadie echaba de menos al muchacho o la muchacha si se entretenían un poco junto al agua después de la puesta del sol, ni alzaba una ceja si las malas lenguas les habían visto profundamente dormidos entre las sacas del tesoro, el uno en brazos del otro. Tal fue, en efecto, la aventura que les aconteció a Orlando, Sukey y el conde de Cumberland. El día era caluroso; sus amores fueron activos; se quedaron dormidos entre los rubíes. A altas horas de la noche, el conde, cuya fortuna estaba muy ligada a las expediciones contra los españoles, fue a comprobar el botín a solas con un farol. Al proyectar la luz sobre un barril, soltó un juramento y dio un paso atrás: enlazados sobre la cuba dormían dos espíritus. El conde, que era de natural supersticioso y tenía más de un delito sobre su conciencia, tomó a la pareja —estaban envueltos en una capa roja, y el pecho de Sukey era casi tan blanco como las nieves perpetuas de los versos de Orlando— por una aparición salida de las tumbas de marineros ahogados para reprenderle. Se santiguó e hizo voto de arrepentimiento. La hilera de casas de caridad que sigue aún en pie en Sheen Road es el fruto visible de aquel momento de pánico. Doce ancianas pobres de la parroquia toman hoy té y esta noche bendicen a Su Señoría por el techo que las guarece; de manera que un amor ilícito, en un barco del tesoro... Omitimos la moraleja.

Pronto, sin embargo, se cansó Orlando no sólo de la incomodidad de aquella vida y de las accidentadas calles del vecindario, sino también de los modales primitivos

del pueblo. Porque hay que recordar que la delincuencia y la pobreza no poseían para los isabelinos ni un átomo del atractivo que poseen para nosotros. Ellos no tenían nada de nuestra moderna vergüenza de aprender en los libros; nada de nuestro convencimiento de que nacer hijo de un carnicero es una bendición y no saber leer es una virtud; ninguna idea de que lo que llamamos «la vida» y «la realidad» estén ligadas de algún modo a la ignorancia y la brutalidad; ni tan siquiera tenían el equivalente de esas dos palabras. No fue buscando «la vida» como Orlando se mezcló con ellos, ni los abandonó en pos de «la realidad». Pero al cabo de escuchar una veintena de veces cómo Jakes perdió la nariz y Sukey perdió la honra —y hay que reconocer que contaban sus historias muy bien— le empezó a hartar un poco la repetición, porque una nariz sólo se puede rebanar de una manera y la doncellez sólo se puede perder de otra —o eso le parecía a él—, mientras que en las artes y las ciencias se encontraba una variedad que le causaba una curiosidad profunda. Así pues, reservando siempre para ellas una feliz recordación, dejó de frecuentar las tabernas al aire libre y los campos de bolos, colgó la capa gris en el armario, dejó que la estrella brillara pendiente de su cuello y que la jarretera centelleara en su rodilla, y reapareció en la corte del rey Jacobo. Era joven, era rico, era apuesto. Nadie habría podido ser recibido con mayor aclamación.

Es un hecho indudable que muchas damas se mostraron dispuestas a manifestarle su predilección. Al menos tres nombres se enlazaron libremente con el suyo en hipótesis matrimoniales: los de Clorinda, Favilla y Eufrosine, como él las llamó en sus sonetos.